

DE JAUME MELENDRES. UN PREMIO CON RETRASO

“DEFENSA INDIA DE REI”

Desde un oscuro y solitario rincón del país, Jan espera la llegada de un orden nuevo que ha de justificar personal y comunitariamente su existencia. Es el suyo un adviento doloroso que se alimenta de noticias y mensajes apenas descifrables que le manda su hermano —el Germà—, a través de una muchacha muda, patético símbolo de una realidad no manifestada y de la difícil comunicación entre quienes están comprometidos en la lucha que encarnan dichos personajes. La actividad de Germà, constituye una seria preocupación para el sistema. Al sistema podría inquietarle también Jan, hombre voluntarioso marginado contra cuya potencial peligrosidad conviene preparar una estratégica defensa. Para ello, «Mestre d'armes» —otra figura simbólica de generales y a la vez muy concretas sugerencias—, hace que Jan abandone su miserable vida sin horizonte y participe de los grandes atractivos y posibilidades que le ofrece el «mundo».

«Mestre d'armes», es un personaje de decisiva influencia, dueño de los resortes tecnocráticos e ideológicos que mueven al país y con un poderoso ascendente sobre quienes detentan el poder económico. De la mano de «Mestre d'armes» Jan será integrado al sistema y una vez comprometido con éste, obligado por medio del chantaje a denunciar a Germà. Siempre remiso a la maniobra de sus corruptores, Jan se encuentra en una situación ambigua que pagará con su vida sin que haya consumado la traición. Germà seguirá vivo y preocupando a «Mestre d'armes» quien, al final, deberá arengar a sus colaboradores para que sigan en la benemérita lucha contra estos elementos subversivos, sombras perniciosas separadas del rebaño de súbditos y que es preciso evitar se conviertan en luz, para usar la terminología de la comedia.

Si refiero el argumento aproximado de «Defensa india de rei» es, simplemente, para señalar el terreno fundamentalmente ideológico y conceptual en que se sitúan los personajes de esta obra de Jaume Melendres, ganadora del «Josep M. de Sagarra» en 1966. Este predominio del concepto y del símbolo queda muy por encima de la teatralidad del texto y ello, a mi modo de ver, puede explicar en parte, los discretos resultados que ha obtenido el montaje de Ricard Salvat presentado en el Español. Creo que hay en tal discreción un reparto de responsabilidades en el que, en todo caso, se hace difícil discernir donde acaba la del autor y comienza la del director. Es obligado referirse también a un factor circunstancial del que brevísimamente intentaremos dejar constancia.

Jaume Melendres se manifiesta en «Defensa india de rei» como un escritor teatral extraordinariamente pulcro, poseedor de un lenguaje de calidades literarias indiscutibles. Junto a ello, queda bien patente la función concienciadora que Melendres quiere dar a su teatro, función que por lo que de ella sabemos vuelve a darse en «Meridians i paral·lels», su segunda obra premiada. «Defensa india de rei» demuestra, por otra parte, la «claridad de ideas» de su autor, el cual ha planteado una obra política que, superando las elementalidades frecuentes en que caía el realismo social, sitúa la alternativa revolucionaria que puede plantearse tras la acción principal, dentro de la estructura neocapitalista y sus mecanismos integradores. Ideológicamente, «Defensa india de rei», significaría así una respuesta seria y correcta a aquella chistosa equivocación que

FESTIVAL INTERNACIONAL DE TEATRO

fue «Los delfines», estrenada tiempo atrás en el Nacional de Barcelona. El posible error de Melendres no está, por tanto, en el conflicto que plantea, de un rigor incuestionable, sino en otras cosas. La primera, en la obsesión por literaturizar en exceso unos diálogos en perjuicio de su espontaneidad. La segunda, en el radical esquematismo con que trata escénicamente el problema; no puede decirse que Melendres escurra al bulto, al contrario: va directa y escandalosamente al bulto. Pero al querer sintetizar unos fundamentales ingredientes sociopolíticos en unos personajes-símbolo, no ha acertado a darles autenticidad y calor humano.

Ricard Salvat podía quizá haber superado esta frialdad de cuadrícula del original, remachando el símbolo y alejando los actores de la interpretación naturalista que normalmente ejecutan. El montaje de Salvat se interesa más por «lo que ocurre» en el texto de Melendres que por «lo que significan» los personajes y escenas inventados por el autor. La idea de éste conserva desde luego su absoluta claridad —aún cuando sospechamos que algunos espectadores tomaban la anécdota en un sentido lineal y realista, como una historia de «lladres i serenos»; sin embargo, la solución escogida por el director, supuso la traducción del esquematismo antes citado en un espectáculo farragoso, pesado, carente de ritmo. Aunque pueda parecer paradójico, sospecho que una fórmula que potenciara la alegoría y el expresionismo, habría dotado de una mayor libertad de movimientos a los componentes del montaje y creado una alegría y vivacidad que ahora sólo alcanza en contadas escenas, como las que discurren en el sugerente matadero o en el baile público, imagen de la feliz alienación del pueblo. Los decorados de Ráfols Casamada, que plástica y estáticamente tienen una sugestión cierta, contribuyen a la frialdad que domina el espectáculo. Los actores, en cambio —Ramón Duran, Jordi Serrat, Paquita Ferrándiz y Adrià Gual—, desempeñan una labor muy completa y encomiable.

El hecho circunstancial a que antes me refería es la distancia que media entre la escritura y el estreno de «Defensa india de rei». La mayor o menor viabilidad de un teatro como el que practica Melendres, no puede medirse tras cinco años de espera. Los autores jóvenes de Cataluña, parecen condenados a esta trágica carrera con el tiempo. Y hay que admitir que sin los adecuados canales para verificar los textos que van surgiendo, un posible desacierto no puede «demostrar» nada. Para mí, y pese a sus defectos, «Defensa india de rei» confirma la existencia de uno de los nombres más interesantes de nuestro teatro. Por lo pronto, la obra tiene muchísimo mayor interés que varias cosas que hemos visto dentro del mismo festival y que, curiosamente, no suscitaron las protestas escuchadas la otra noche. Unas protestas que tenían un tono de prejuicio y una apriorística actitud anti-Salvat, a mi parecer inadecuada e inmerecida.

J. A. BENACH